



Fiesta de la Presentación del Señor

Clausura del Año de la Vida Consagrada y del “tiempo de Soñar” e Inicio del “Tiempo de Construir” de la Asamblea diocesana.

EN EL AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

María y José llevaron a Jesús al templo de Jerusalén, cuarenta días después de su nacimiento, para consagrarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la Ley: *“Todo primogénito varón será consagrado al Señor”*.

La presencia de Jesús en el templo es cumplimiento de lo anunciado por el profeta Malaquías: *“... llegará a su santuario el Señor a quien vosotros andáis buscando; y el mensajero de la alianza en quien os regocijáis, mirad que está llegando... Refinará a los levitas y los acrisolará como el oro y la plata, y el Señor recibirá ofrenda y oblación justas. Entonces agradecerá al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén”* (Mal 3, 1. 3-4).

Jesús no necesita ser rescatado y purificado; él es el rescate de Israel; él expía los pecados del pueblo. Y viene a purificar a los sacerdotes, para que el Señor reciba la ofrenda que a él le agrada.

La alusión de Simeón a la participación de María en el misterio pascual de Jesús, al decir: *“Y a ti, una espada te atravesará el alma”*, insinúa ya la relación entre Jesús como ofrenda y Jesús como luz. En expresión de la carta a los Hebreos: *“Jesús participó de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte... y liberar a cuantos... pasaban la vida entera como esclavos”* (Heb 2, 14-15). Jesús es luz porque la ofrenda de su vida ha mostrado el camino del amor hasta el extremo. La ofrenda de su vida es un misterio de amor y, por ello, es un misterio luminoso.

Los testimonios de Simeón y Ana nos ayudan a comprender que para encontrar al Señor Jesús y reconocerle como Luz y Salvación son necesarias la pobreza de espíritu, la esperanza confiada, la oración perseverante y la consagración de la propia vida al servicio de Dios por amor. Esta es sin duda la experiencia más íntima de quienes habéis asumido el ideal de la perfección cristiana en la consagración a Dios y lo habéis vivido con intensa alegría, siendo “Evangelio, Profecía y Esperanza”, en el Año de la Vida Consagrada, que hoy clausuramos.



Carlos López Hernández

Con vosotros damos gracias a Dios por los dones que habéis recibido. Él hace cada día de vuestra existencia una acción de gracias, un culto agradable y un testimonio de su santidad para el resto de sus hijos, en la Iglesia y en el mundo. Vuestra alegría y libertad en el seguimiento de Jesús, pobre, obediente y casto, enriquece el testimonio de la Iglesia y hace atractiva su llamada a los hombres y mujeres de hoy, especialmente a los más jóvenes, a buscar el tesoro escondido y la perla preciosa del Reino de Jesús. Estáis consagrados por el Amor de Jesús para contagiarlo a los hombres y mujeres que no lo han sentido y están a veces “como lugares mal situados... como casas saqueadas... como sitios fuera de los mapas... como piedras fuera del suelo... como niños huérfanos... agitados sin brújula donde reposar” (Daniel Faria). Para todos ellos estáis llamados a ser “Profecía de la Misericordia” del Padre.

El testimonio alegre del amor a Jesús y a los hermanos sin reservas hace de vuestra vida una luz que alumbra a la sociedad de Salamanca y un motivo de gloria de la comunidad diocesana. Estáis en el centro de su vida y santidad. Y os agradecemos de corazón la gozosa y abnegada participación en las tareas de nuestra Asamblea.

La presentación de Jesús en el templo purifica e ilumina el santuario de Dios. Lo hace casa de Dios, su Padre; casa de oración y de encuentro familiar entre el Padre y los hijos dispersos. Y la consagración de Jesús a Dios en el templo inaugura el tiempo nuevo en que Jesús va a ser constituido como el verdadero Templo de Dios. En él entramos en comunión de vida con Dios. Y así Jesús hace de nosotros su Iglesia, su Cuerpo y su Templo, haciéndonos participar de su Espíritu. Por ello somos luz del mundo y sacramento que encierra en lo más íntimo de sí mismo la vida de Cristo. Dicho con palabras de san Pablo: “*Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora... la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí*” (Gal 2, 20).

Esta experiencia del fundamento de nuestra vida en Cristo hemos querido renovarla cada uno en el tiempo primero de nuestra Asamblea: tiempo de enamorarnos de nuevo de Jesús, “*que me amó y se entregó a la muerte por mí*”. Sobre esta roca de la fe en el amor de Jesús se asienta el sueño que hemos anhelado en el tiempo de Asamblea que hoy clausuramos: el sueño de una Iglesia que hace de su vida el testimonio del Amor de Jesús, capaz de transformarlo todo. Y, firmes en la fe en Cristo Jesús, en el **Tiempo de Construir**, que ahora inauguramos, procedemos a discernir la Reforma de las instituciones humanas de Iglesia diocesana, que nos ayude mejor a permanecer “*unidos a Él, arraigados y edificados en Él, afianzados en la fe... y rebosando agradecimiento*” (Col 2, 6-7). Esta vida en Cristo es la fuerza que impulsa al anuncio del Evangelio.

En esta celebración se manifiesta de forma especial el amor de Jesús y la misericordia del Padre a nuestras hermanas Marión y Sonia, a las que vamos a elegir como candidatas idóneas para recibir en la próxima Pascua los sacramentos de la iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Como el anciano Simeón estáis llamadas a bendecir a Dios porque os ha abierto los ojos para ver a



Carlos López Hernández

vuestro Salvador. Él os ha sacado por la fe del dominio de las tinieblas y va a trasladaros por el bautismo y el don de su Espíritu al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre vais a recibir la redención y el perdón de los pecados (Cfr Col 1, 13-14).

Queridos hermanos: Hoy, y en los días sucesivos de nuestra Asamblea, pidamos a Jesús que haga entrada de nuevo en el templo de su Iglesia, nos purifique y nos renueve con su Espíritu, nos enamore y haga realidad nuestro sueño de una Iglesia renovada, que sea luz para alumbrar a la sociedad de Salamanca, y casa de Dios siempre abierta y acogedora para los que volvemos cada día desde nuestra dispersión al encuentro de la misericordia del Padre y de los hermanos. Y, desde la experiencia personal y comunitaria de su amor salvador, le pedimos hoy con más fe y más esperanza que siga construyéndonos como Iglesia diocesana con la fuerza de su Espíritu, que nos configure cada día más como verdaderos discípulos y como auténticos apóstoles de nuestro tiempo.

Para ello necesitamos que la mirada a Jesús llene de luz y amor nuestros ojos y nos haga capaces de verle presente en los hermanos por los que él ha entregado su vida, y a los cuales nos envía como testigos de su amor salvador y de la misericordia del Padre. Como la profetisa Ana, debemos hoy todos dar gracias a Dios por la fe en Jesús y hemos de hablar de él a todos los que aguardan la liberación.

Nos encontramos hoy con la dificultad de discernir cómo se manifiesta esa espera de la liberación, para saber a quiénes, en qué circunstancias y cómo hemos de anunciarles el Evangelio. Con frecuencia oímos decir que el tiempo de la fe en Dios ha pasado; que la mayor parte de los hombres y mujeres de hoy no sienten necesidad de Dios; que buscan la felicidad personal y el bienestar social desde su total autonomía. Incluso el anuncio de la misericordia de Dios parece producir desazón en quien se siente único dueño y responsable de su destino y carece de la humildad necesaria para reconocer la verdad de su vida y la necesidad de perdón.

No es verdad que cuando desaparece el sentimiento de la necesidad religiosa, los hombres ya no necesitan a Dios. El que no tiene sed, ¿no necesita beber? La sed es señal subjetiva de una necesidad que sigue existiendo también cuando no la percibamos. La pérdida del apetito no es una ventaja, sino que puede ser una enfermedad que lleva a la muerte. Es una desgracia que no tengamos sed de Dios. Jesús llamó bienaventurados a los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios.

El anuncio y testimonio auténtico del Evangelio tienen la capacidad de hacer volver a hacer sentir la necesidad de Dios. El testimonio auténtico del amor de Dios es siempre atractivo, sana, reconcilia y abre caminos de verdadera libertad, promueve la justicia y es fuente de esperanza, es luz que abre otros ojos a la luz. Por ello, nos dijo Jesús: Por el amor conocerán todos que sois discípulos míos. Y la primera manifestación del amor a Dios y al prójimo es el anuncio del Evangelio. Nada mejor podemos y debemos ofrecer al mundo de hoy.



Carlos López Hernández

Este anuncio hemos de acreditarlo con el testimonio auténtico de la fe que obra por el amor; en este Año Jubilar, con el ejercicio de las obras de misericordia. Su lema ***misericordiosos como el Padre*** nos llama a abrir el corazón a tantas situaciones de precariedad y sufrimiento, y a las sangrantes heridas que existen en el mundo de hoy. Por no citar una larga y conocida lista, que a todos nos aflige el corazón, baste recordar la reciente noticia del secuestro, al llegar a Europa, de diez mil niños y adolescentes refugiados, sin la compañía de sus padres, por parte de las mafias de traficantes. Estas situaciones solo son superables con la fuerza de un amor como el de Jesús, que él nos hace capaces de vivir.

Que la Madre de la Misericordia nos acompañe y nos ayude a descubrir y a ser testigos de la alegría de la ternura de Dios.

Salamanca, 2 de Febrero de 2016